

Los instrumentos políticos para la defensa de las tierras en el Azcapotzalco virreinal

Resumen

El objeto de estudio de este trabajo refiere a ciertas comunidades que hoy ubicamos en la delegación de Azcapotzalco, Distrito Federal, y de sus prácticas político-sociales por preservar su patrimonio histórico y cultural. La temporalidad de estos eventos abarca desde la conquista hasta el inicio de la independencia, y supone que en esas prácticas van implícitas estrategias de identidad. Dialoga con ciertas perspectivas de la historia e historiografía que enfocan los temas de la cultura política como herramienta de análisis para el estudio de las prácticas de resistencia e identidad de grupos subalternos o no hegemónicos, y el de la construcción de las identidades nacionales en el México independiente, y a partir de ello concluye que tales comunidades mantuvieron una constante batalla con el poder virreinal en defensa de su patrimonio cultural, misma que se extendió hasta los gobiernos liberales, y que en ella perfilaron sus propias identidades, ligadas estrechamente al territorio y a la memoria.

Abstract

The main topic of this paper is related to the social and political practices of some former indigenous communities in Azcapotzalco (inside the Federal District of modern Mexico) in their long struggle to preserve their historical and cultural heritage. The temporality that frames these practices embraced from the time of the conquest by the Spaniards to Mexican independence, states by the author that these practices contain strategies of identity. Thus, the author establishes a theoretical dialogue between perspectives of history and historiography, focusing on the issues of political culture as analytical tool to approach social practices of resistance and identity made by non-hegemonic or sub alternate groups, as well as social processes related to the making of national identities. According to this framework, the author concludes that those communities lived under a permanent struggle against the viceregal power, defending their cultural heritage even beyond the liberal regime (meaning through republican times). Thanks to this unique effort, they could create their own identities, linked narrowly to their territory and memory.

Guadalupe Sánchez Álvarez
Profesora Investigadora de la Sección
de Estudios de Posgrado e Investigación
de la Escuela Superior de Ingeniería y
Arquitectura - Tecamachalco, Instituto
Politécnico Nacional.

Los instrumentos políticos para la defensa de las tierras en el Azcapotzalco virreinal

Introducción

El objeto de estudio de este trabajo refiere a ciertas comunidades que hoy ubicamos en la delegación de Azcapotzalco (Distrito Federal) y de sus prácticas político-sociales por preservar su patrimonio histórico (propiedades comunitarias, edificios, documentos) y cultural (tradiciones, lengua, memoria e imaginarios colectivos). La temporalidad de estos eventos abarca desde la conquista hasta el inicio de la independencia, y supone que en esas prácticas (de resistencia o asimilación) van implícitas estrategias de identidad (reafirmación, reconocimiento, preservación). Dialoga con ciertas perspectivas de la historia e historiografía que enfocan los temas de la cultura política como herramienta de análisis para el estudio de las prácticas de resistencia e identidad de grupos subalternos o no hegemónicos, y el de la construcción de las identidades nacionales en el México independiente (primer apartado), y a partir de ello concluye que tales comunidades mantuvieron una constante batalla (en la que se emplearon medios legales y extraleales) con el poder virreinal en defensa de su patrimonio cultural, misma que se extendió hasta los gobiernos

liberales (segundo y tercer apartados), y que en ella perfilaron sus propias identidades, ligadas estrechamente al territorio (pueblos, barrios) y a la memoria (tradiciones). Los ejemplos que empleo para ilustrarla son el de la cofradía (después montepío mayordomía), institución creada por el poder central (iglesia, corona) cuyos usos y adaptaciones locales permitieron convertirla en una práctica de preservación cultural e identidad comunitaria (cuarto apartado), y un documento que recoge una querrela legal que los habitantes de estos pueblos hicieron llegar al monarca español en el que exponen quejas, reclamos y peticiones vinculados al reclamo y defensa de sus tierras (anexo).

1. Cultura política como herramienta de análisis

El inicio de la independencia de México marcó la apertura de una larga lucha por el dominio y el poder político y económico que se extendió y agudizó más allá de la consumación, los periodos de la Reforma, la Revolución y la etapa pos-revolucionaria. El balance general de esos periodos no significó una mejoría para las clases menesterosas

o pobres,¹ sino la agudización de la pobreza,² la inauguración de la clase proletarizada, la consolidación de la burguesía y el fortalecimiento de las elites políticas.

Los discursos oficiales generalmente provenientes de las esferas políticas dominantes, tienden a presentar el periodo de la Independencia como un conjunto de acciones derivadas de la unificación de un pensamiento, a su vez proveniente de un mismo sentimiento compartido por la sociedad mexicana de principios del siglo XIX: abandonar el dominio español. Así han justificado durante décadas los hechos históricos pos-independentistas, llámense liberales, y legitimado su existencia y proceder a partir de ese periodo. Las implicaciones de dicho planteamiento han

sido, entre otras cosas, la existencia de una nación imaginada y el enaltecimiento de héroes que en el fondo no lo fueron. De ese modo han generado una práctica política y una democracia que es más bien una entelequia, de ahí que algunos historiadores y analistas políticos, tanto mexicanos como extranjeros, refieran la "particularidad" de la democracia mexicana que logra convivir con el autoritarismo. Tal referencia es posible gracias a los trabajos emanados de la nueva corriente historiográfica y a la evolución y amplitud del concepto de cultura política para ofrecer panoramas más amplios del estado o nivel en que se encontraba la cultura política de ese periodo; de la gesta de la cultura política actual.

Esta nueva corriente aborda la cultura política desde la cultura misma, analiza a los diferentes actores políticos implicados en la esfera política, pero ya no en un eje dicotómico ni de manera global, sino que busca en ámbitos particulares (partidos políticos, grupos controlados, obreros, campesinos, indígenas, etc.) y niveles sociales distintos (nación, estados, comunidades...), desentrañando las diferencias que se dan en los diversos sectores poblacionales, ideológicos y culturales que conforman la población de la nación. Analiza la historia, aborda el análisis de las elecciones, reacciones, propuestas, imposiciones, actitudes, documentos oficiales emanados del grupo político (leyes, constituciones...), y también los no oficiales. Es decir, a partir del análisis de la idiosincrasia de la sociedad mexicana y "sus

¹ Trabajos como los de Guardino y Florencia Mallon revelan que en algunas regiones de México existió una cultura política "desde abajo" en el siglo XIX, que se enraizaba en el periodo virreinal. Asimismo, que la cultura política "oficial" no prosperó, sino que se corrompió hasta llegar al deplorable estado actual que se oculta bajo una máscara de democracia y sofisticación. Peter Guardino. *Campesinos y política nacional en la formación del Estado nacional en México: Guerrero, 1800 - 1857*. México: Congreso del Estado de Guerrero - Instituto de Estudios Parlamentarios Eduardo Neri, 2001. Florencia Mallon. *Campesinado y nación: La construcción de México y Perú poscoloniales*. México, CIESAS - El Colegio de San Luis - El Colegio de Michoacán, 2003.

² D. Hansen constató que pese a la legitimación de la Revolución, en México la distribución del ingreso empeoró durante los SOs, 60s y 70s, hasta alcanzar la categoría de la más inequitativa de América Latina y otras partes del mundo. Roger D. Hansen. *La política del desarrollo mexicano*, 2ª ed., México, Siglo XXI, 1973.

perfiles culturales" intenta elaborar una historia que da cuenta de los avances que los grupos e individuos han tenido en la participación política.

Un ejemplo de esta corriente es el trabajo de Peter Guardino *Campesinos y política nacional en la formación del Estado nacional en México: Guerrero, 1800 - 1857*,³ quien cuestiona la idea de que los indios, motivados por ideas como el federalismo, llegaron a plantear una propuesta alternativa de nación. De manera particular analiza las condiciones que propiciaron las rebeliones indígenas entre 1800 y 1857 en el centro-oriente del actual estado de Guerrero. En el capítulo III titulado "La Formación del Estado en el Guerrero Republicano, 1820-1840", el autor presenta un trabajo sustentado en archivos regionales y nacionales además de otras fuentes directas publicadas y una extensa bibliografía. Con base en el análisis de dichas fuentes, reconstruye las relaciones que se suscitaron entre el campesinado, las clases dominantes regionales y las fuerzas que se disputaron la dirección del Estado nacional en formación, a lo largo de la primera mitad del siglo XIX en la región que hoy constituye el estado de Guerrero. Descubre relaciones de desencuentro que revelan la desunión ideológica existente en México como nación y la falta de una cultura política definida. Entendiendo como nación el conjunto de habitantes de un país regido por un

mismo gobierno, y/o el conjunto de personas de un mismo origen, que generalmente hablan un mismo idioma y tienen una tradición común. Y como cultura política, los vínculos existentes entre los valores, las reglas y las instituciones que permiten establecer los rasgos distintivos que definen el carácter político de los habitantes de un país, ya sean elites de poder o gobernados.

Guardino no menciona que en su análisis haya aplicado algún significado del concepto cultura política, no obstante, en el capítulo citado presenta los procesos de socialización de la política, así como la movilización y participación de las diversas identidades políticas que coexistían en ese periodo, y las nuevas identidades que se formaban como respuesta a la actuación de las existentes. Todos ellos aspectos fundamentales que hablan de la construcción de la cultura política mexicana, que sobrepasan la definición amplia, pero al mismo tiempo dicotómica de cultura política propuesta por Almond y Verba.⁴

Guardino exploró las reacciones ante la representación nacional, estatal y local; la división de poderes, la delegación de la autoridad nacional a la estatal; el sistema de partidos, la plurali-

⁴ 1. La parroquial, propia de sociedades poco diferenciadas donde las funciones políticas se encuentran insertas en otras instituciones sociales; 2. La de subordinación, pasiva y asociada a la existencia de regímenes autoritarios; 3. La de participación, idealmente aquella que favorece la existencia de regímenes democráticos debido a los deseos de los individuos por ejercer sus derechos y obligaciones.

³ Op. cit.

dad de sus ideas (centralistas, federalistas) y sus conflictos; la capacidad de respuesta ciudadana ante la actuación de los partidos dominantes; sus vínculos con la sociedad, la idea que la comunidad campesina tenía del voto, sus razones para votar y la capacidad de respuesta de los votantes, tanto de indígenas campesinos como de comunidades no campesinas; las razones de las autoridades para manipular las elecciones y restringir el voto; la utilidad de las leyes emitidas por las elites políticas, la interpretación de dichas leyes a nivel local; acciones y propuestas políticas que surgieron en ciertas localidades como respuesta a las Leyes oficiales y las actuaciones de las elites políticas. Y las modificaciones a la estructura social y la configuración y organización del territorio y sus habitantes como consecuencia de la situación y actuación de los grupos de poder del país y el Estado de México (en el cual se inscribía Guerrero).

La exploración de Guardino permite comprender que si bien las comunidades campesinas actuaban en respuesta a las acciones y disposiciones emprendidas por las elites políticas dominantes, su interpretación y participación partía de una cultura política propia constituida durante el periodo anterior al de la Independencia. Supera de esa manera la afirmación de Varela en cuanto a que "la cultura política no explica la participación política", sino que el factor explicativo fundamental "es la estructuración de las relaciones de poder y no la presencia o ausencia de una cul-

tura política",⁵ acercándose más a las definiciones dadas por investigadores que consideran la existencia de subculturas políticas y a la metodología propuesta por Krots para abordar el estudio de los fenómenos cultural-ideológicos.⁶

El trabajo de Guardino parece inspirar trabajos posteriores que ejemplifican los avances de la nueva historiografía. Por ejemplo en *Campesinos y nación* Florencia Mallon cuestiona la idea de que el nacionalismo fue impuesto a los campesinos por las elites de poder. En él deja ver las inclinaciones entre los campesinos nacionalistas con las prácticas discursivas que surgen en medio de las revueltas producidas como reacción a las invasiones. La autora "desfragmenta" las historias focalizadas en el Estado, que ignoran los escenarios locales donde se dieron relaciones particulares de poder. Así, Mallon no se queda en el análisis de una región o grupo, sino que va más allá y aborda para su análisis, el comportamiento de los campesinos de Mantaro que se opusieron a los chilenos, y lo compara con el papel pasivo de los campesinos de Cajamarca que se subordinaron a la élite regional. Un paso más adelante, la autora afronta

⁵ Roberto Varela. *Cultura y poder*, Una visión antropológica para el análisis de La cultura política. Barcelona, Anthropos Editorial- UAM - Iztapalapa 2005, p. 12.

⁶ Krots propone como punto central para el análisis de la vida política de los actores sociales: "la relación con el condicionante-condicionado, el sistema y cultura, entre estructura y superestructura, entre realidad material social y representaciones colectivas." Citado por Varela, op. cit. p.18.

los casos de Puebla, donde la cultura campesina integró un liberalismo de corte comunitario en medio de una violenta conflictividad regional, y el de Morelos donde las comunidades jugaron con las élites, plegando a los liberales para luego negociar con el imperio y los conservadores a fin de defender sus derechos.

Mallón reafirma la existencia del grupo identificado por Almond y Verba,⁷ cuya característica o condición es "cooperar con la elite de poder", pero al mismo tiempo revela la existencia de un grupo que al reaccionar y resistirse, coadyuvó a dicha élite e intervino en las agendas políticas del siglo XIX. Asimismo revela la existencia de "otras esferas de poder" más allá del Estado. De esa manera debilita el protagonismo estatal difundido en las historias oficiales y retribuye la participación campesina en la formación de algunos Estados latinoamericanos. Cuestiona los discursos oficiales nacionalistas y permite salir a flote los discursos de los grupos subalternos. Advierte sin embargo que en México tales discursos se congelan al ser absorbidos y oficializados por el Estado, tal como lo muestra Guardino: las movilizaciones campesinas de la región de Guerrero como movimientos

locales, posteriormente se tornaron regionales logrando repercutir en la política nacional, en las decisiones de gobiernos centrales que afectaban su autonomía y capacidad de ciudadanía. En este caso el resultado fue que muchos pueblos de la región se aliaron a políticos regionales liberales para juntos formar propuestas y proclamas con centradas en la creación de un nuevo Guerrero y más tarde en la cuna de la revolución de Ayuda.

Sin duda ambos trabajos representan un aporte importante para los estudios posindependistas en los que se formaron los nacionalismos latinoamericanos, pero más allá de ese aporte y guardándolas debidas proporciones, sugieren reflexionar acerca de la "invención de la Independencia, sus héroes y su ideología" y por lo tanto de la Nación, tal como sugiere Chartier que ocurrió con la Revolución francesa. Chartier sostiene que las más profundas transformaciones culturales son las que permiten la producción, circulación y aceptación de ciertas ideas en una época determinada. Es decir, que las ideas de Rousseau, Voltaire o Montesquieu no hubieran logrado tal auge y difusión, si para mediados del siglo XVIII no se hubieran ya instalado profundas transformaciones en la cultura francesa. Estos cambios culturales son los que propician el éxito de ciertas ideas en el momento oportuno para el éxito y para la aceptación de algunas ideologías, y no a la inversa. Como ejemplo específico sirva el caso del estado de Morelos analizado por Mallón, en el que se muestra que los pueblos indios repro-

⁷ Gabriel Almond y Sydney Verba analizan las orientaciones políticas con respecto al sistema político basándose en elementos cognoscitivos, evaluativos y afectivos. Para profundizar en el tema véase: Gabriel Almond y Sydney Verba (1963) *The Civic Culture*, Princeton University Press. y (1980) *The Civic Culture Revisited*, Boston, Little Brown.

cesaron los conceptos del liberalismo, en función de sus propias aspiraciones de autonomía y control de la tierra, pues en la sociedad mexicana no existía el precedente de un cambio cultural propiciado por el incremento de la lectura individual y el mayor acceso a los libros, y la Iglesia Católica no había perdido hegemonía (ni en la actualidad) como ocurrió en Francia.

Ahora bien, en consonancia con lo anterior y por lo que respecta a este trabajo pretendo mostrar que en Azcapotzalco, en los tiempos en que fue República de Indios⁸ (durante el periodo colonial), existieron formas de resistencia similares a las que se dieron en comunidades indígenas más conocidas, en los albores del México independiente. En este territorio también existió en el siglo XIX una cultura política desde abajo distinta a la oficial, que guardaba sus raíces en el siglo XVI, y que lograba influir en las agendas del Estado, y donde igualmente se manifestaron actitudes que revelan la existencia de una cultura política que no se caracterizó como una reacción a la oficial, sino más bien de asimilación, adaptación

La imposibilidad numérica de gobernar los inmensos territorios conquistados, el método de conquista, la consideración de inferioridad cultural que se atribuyó a los indígenas y la supuesta necesidad de su evangelización, fueron el origen directo de la República de indios. Fue la sociedad o comunidad política indígena que habitaba América aunque posteriormente pertenecieron a ella los mestizos. En un principio se le respetaron sus usos y costumbres, en la medida que no fueran contra la religión católica y las leyes españolas.

y respuesta a la impuesta por la corona española, armonizada con la tradicional. Las evidencias de su existencia se remontan principalmente al siglo XVI en lo referente a la defensa del territorio ante el despojo de las tierras.

2. Derechos versus Leyes entre los grupos de poder

Al respecto, los indios reaccionaban atacando el ganado que invadía sus parcelas con perros, fuego, trampas, pozos y redes⁹ y, al mismo tiempo, protestaban acudiendo a los medios legales pues según las leyes de la corona, ni encomiendas¹⁰ ni concesiones debían perjudicar a los indígenas ni a sus propiedades. Las pugnas fueron particulares en el sentido de que a pesar de desarrollarse principalmente entre los grupos dominados por

⁹ Charles Gibson. *Los Aztecas bajo el dominio español 1519-1810*, Oecimo cuarta edición, México, Siglo XXI, 2000, p. 287.

¹⁰ En América, la encomienda fue una institución socioeconómica mediante la cual, los indígenas de un pueblo o señorío (encomendados) eran entregados a un encomendero. Los primeros debían retribuir con trabajo o especie, y a cambio debían recibir un trato justo, retribución equitativa y evangelización. Sin embargo, en la realidad las obligaciones del encomendero fueron omitidas y la encomienda se transformó en un sistema de trabajo forzado para los pueblos originarios en favor de los encomenderos. García Icazbalceta, Joaquín "Colección de documentos para la historia de México" "Carta del licenciado Francisco Ceynos, oidor de la audiencia de México, al emperador." 22 de junio de 1532. Texto completo en la web: http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveUbras/06922_75210064_7273089079/p0000021.htm#61

las leyes españolas, acudían tanto a sus propios instrumentos, como a los "oficiales" que les permitía la corona. Los conflictos se desarrollaban en medio de dos tradiciones dado que debían responder al despojo perpetuado por dos sociedades distintas: españoles y connacionales, quizá por ello adoptaban tanto los derechos de su tradición como los que otorgaban esas nuevas leyes.

El despojo en Azcapotzalco inició precisamente con la llegada de los españoles a partir de que Hernán Cortés entregó la parcialidad de Azcapotzalco como encomienda a sus capitanes Francisco y Juan de Montejo. En el sentido de que las tierras ya no pertenecieron ni a Tecpanecas, ni Mexicas, ni a otros señoríos indígenas, sino a extranjeros. La posesión fue cuestionada posteriormente por la corona debido a que Francisco era funcionario, no obstante, logró conservarla hasta su muerte en 1553 cuando pasó a manos de su hija Catalina. El Consejo de Indias también sancionó esa posesión pero Catalina, al igual que su padre, logró conservar la encomienda hasta su muerte, aproximadamente en 1582. El Consejo Real de Indias la reconoció como poseedora de la encomienda en 1557 junto con su esposo Alonso de Maldonado que casualmente, había sido oidor de la Segunda Audiencia en 1531. Consecutivamente la encomienda fue otorgada a Luis de Velasco II en 1607.

Cabe señalar que en 1521, con la caída de Tenochtitlan y al parecer como estrategia política, Cortés restableció Azcapotzalco como

señorío y restituyó a los habitantes sus tierras y pertenencias antes arrebatadas por los miembros de la Triple Alianza.¹¹ Los calpullis (barrios) reconocidos como tales en Azcapotzalco en 1532 fueron: Pochtla, lugar de pochotes o reunión de mercaderes; Izquitlan, lugar del pedernal; Tetlaxuman, lugar de los trabajadores de la tierra; Azacualco, lugar de serpientes y hormigas; Tlamatzinco, lugar pequeño de agricultores; Ateneo, a la orilla del agua; Amolonco, lugar pequeño donde cae el agua; Amalinalzingo, lugarcito de hierba de agua; Nextenco, lugar del puente gris; Huitzanahuac, lugar del sacrificio; Texcolco, lugar de piedras arenosas; Zapotla, lugar de zapotes; Huexotitla, lugar de los huejotes; Xochihuacan, lugar de los que tienen flores; Xaltitlco, lugar arenoso; Acayucan, lugar de las cañas de agua; Tomada, lugar de tomates; Ahuexotla, lugar de huejotes en agua; Mazatlán, lugar de venados; Atlicholhuacan (I); Tlilhuacan, lugar negro o de brujería; Xocoyohuacan, lugar de los que tienen pequeños; Cuahutla, arboleda; y Azcapotzalco, en el hor miguero¹²(ver imagen 1).

Los problemas en torno a la tierra azcapotz-

¹¹ Gerhard, Peter. Geografía Histórica de la Nueva España 1519-1821. UNAM. México, 1986. pp. 43 y 254.

¹² Consejo de cronistas de Azcapotzalco. Voces tecpanecas: Tepanecatahtolli. Cápsulas históricas de Azcapotzalco, Azcapotzalco, 2001. Citando a Carrasco y a Córdova.

Plano General de la Municipalidad de Azcapotzalco

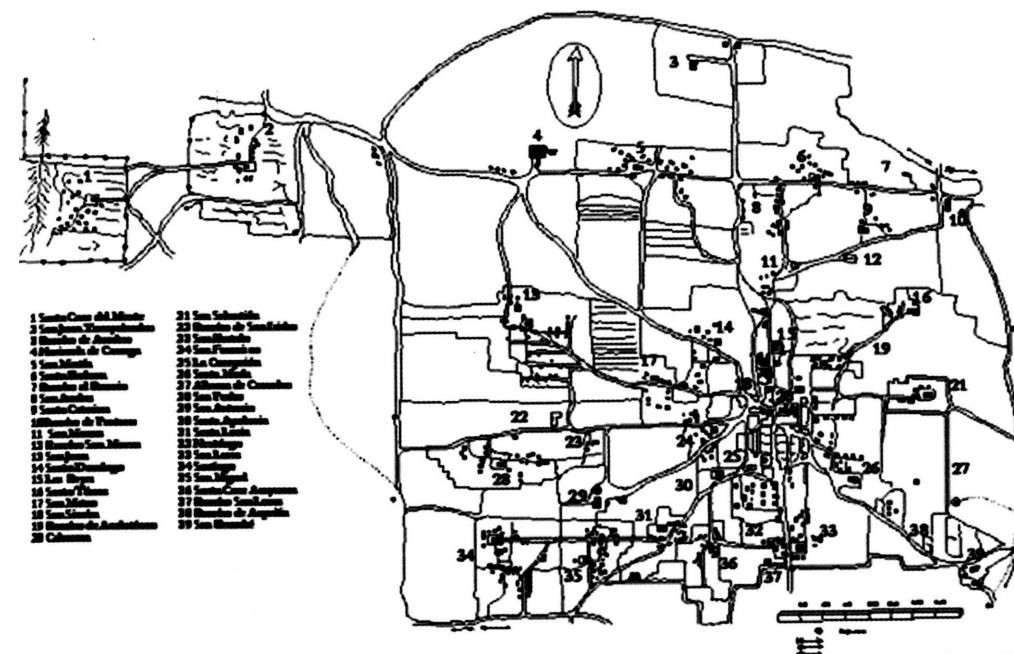


Imagen 1: Plano de la municipalidad de Azcapotzalco

La imagen anterior muestra la república de indios con su cabecera. Ha sido redibujado del original realizado en acuarela que se encuentra en la Mapoteca Orozco y Berra sin fecha de referencia. La ubicación de las capillas ha sido verificada en la actualidad, podo que se ha podido constatar que las marcadas con los números 1 y 2 actualmente pertenecen a Tlalnepantla. Desde luego que este plano es posterior al XVI pues contiene más de los 27 barrios reconocidos por Cortés, aunque yo presumo que se trata de la misma delimitación territorial, dividida al interior.

alquense se agudizaron con la llegada del virrey de Mendoza quien en 1533 otorgó ciertas tierras como mercedes a oidores y allegados, alegando que se trataba de las tierras de Moctezuma y aprovechando que la corona le había autorizado echar mano de esas y de las que hubiesen sido

destinadas al uso pagano.¹³ En 1539 el virrey otorgó al oidor Lorenzo de Tejada una merced en

¹³ Ethelia Ruiz Medrana. Gobierno y sociedad en Nueva España. Segunda Audiencia y Antonio de Mendoza, México, El Colegio de Michoacán, 1991.

Azcapotzalco y dos en Tacuba al año siguiente.¹⁴

Se trataba de concesiones de tierras para ser usadas como ranchos o estancias para cría de ganado o actividades agrícolas, o bien, para recibir dinero de las encomiendas. Como ejemplo baste mencionar la hacienda de Santa Lucía que, creada desde el siglo XVI, en el siglo siguiente ya contaban con 5 mil caballos y 10 mil vacas.

Otra fracción de las tierras de Azcapotzalco pertenecía a la iglesia, específicamente de los dominicos que permanecieron controlando la región aproximadamente hasta 1805. Por otra parte, el Santuario de la virgen de Guadalupe era dueño desde el siglo XVII de varias haciendas de la región, una de ellas fue la hacienda de Las Salinas.¹⁵ Autores como Charles Gibson manejan la idea de que los clérigos obligaban a los indígenas a donar sus tierras dado que las recibidas vía testamentos eran apenas pequeñas parcelas.

Otra causa de los problemas de tierra que Azcapotzalco enfrentaba fue que Cortés "otorgó el señorío de Tacuba" a Isabel Moctezuma, hija del *huey tlatoni* Motecuhzoma II (llamada así tras la conquista),¹⁶ al cual, según las leyes indígenas,

Azcapotzalco pertenecía como sujeto¹⁷ desde la caída de los Tecpanecas ante la Triple Alianza. Esa situación colocó a los habitantes de Azcapotzalco y Tacuba en un constante litigio, empero, la fracción de Isabel Moctezuma fue conservada como concesión hasta 1716 en que una de sus descendientes, Teresa de Oca y Moctezuma, recibía los tributos de 217 indios.¹⁸ Conservar el territorio no fue fácil, sino la resolución del litigio iniciado en 1546 por su sexto esposo Juan Cano y su hijo (del quinto matrimonio) Juan de Andrade Moctezuma, con la finalidad de recuperar tierras, casas y objetos de valor que formaban el patrimonio que ella debía heredar de sus padres y abuelos, todos gobernantes de México Tenochtitlán.¹⁹ La intervención directa de doña Isabel en el litigio no fue posible debido a su analfabetismo y a que las normas legales españolas prohibían a las mujeres casadas presentar sus casos. El inicio del litigio fue precisamente una carta²⁰ escrita como respuesta a vecinos y funcionarios de la Real Audiencia que presentaban reclamaciones

¹⁷ Los pueblos sujetos por definición estaban sometidos a pagar un tributo en especies y trabajo.

¹⁸ Charles Gibson, op. cit. pp. 420-421.

¹⁹ Anastasya Kalyuta, op. cit.

²⁰ La primera copia del documento se hizo en 1560 a petición de Juan Cano y ahora se encuentra en el AG 1, Real Patronato, 181, R. 8. La segunda se hizo en 1566 a petición de Juan de Andrade, hijo mayor de doña Isabel y su quinto esposo Pedro Gallego de Andrade. Actualmente el documento se localiza en el AG 1, Patronato Real, 245, R. 3. Anastasya Kalyuta, op. cit.

contra sus propiedades, al menos desde el 22 de junio de 1531 cuando el presidente de la segunda Audiencia, Sebastián Ramírez de Fuenleal, escribió al rey Carlos I reclamando el pueblo de "Tacuba también con sus sujetos que al presente tiene y sirve doña Isabel, hija de Moctezuma". Según su parecer, esas tierras debían pertenecer a la ciudad de México, porque sin ellas "esta ciudad no se puede buenamente sustentar".²¹

Por su parte Cano fundamentaba la heredad de esas tierras con base al peso de la tradición, y alegaba que Motecuhzoma Xocoyotzin, padre de Isabel, fue "señor natural de la ciudad de México y de todas sus provincias" y recibió el poder por legítima sucesión.²² Tal argumentación respondía a que en 1553, el conquistador Ruy González envió una carta a Carlos V en la que declaraba que Motecuhzoma "no era legítimo señor" sino tirano y usurpador puesto que "tenía un hermano mayor a quien convenía señorear".²³ Cano argumentaba que Motecuhzoma se había convertido a la fe católica y que a pesar de ser "gentiles", los padres de doña Isabel se casaron según las leyes y costumbres de la tierra. Y dado que según la cédula

²¹ López de Meneses, Amada: "Tecuichpochtzin, Hija de Motecuma (1510-1550)" en Revista de Indias, núm. 9, Madrid, 1948, pág. 481.

²² Anastasya Kalyuta, op. cit.

²³ Epistolario de La Nueva España 1505-1818, México, recopilación realizada por Francisco del Paso y Troncoso, (1939-1942), Silvia Zavala, y colaboradores (eds.), Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1940, vol. 7, pág. 33).

de Carlos I de 1530 establecía que los señores indígenas nacidos de sus esposas principales antes de la conquista debían considerarse legítimos y gozar de todos los derechos, al morir Axayacatl único hijo varón de Motecuhzoma, todos sus derechos pasaban a su hermana doña Isabel, es decir, que todos los pueblos y tierras reclamadas no pertenecían al señorío de México ni a otros pueblos, sino que fueron bienes patrimoniales de Motecuhzoma y su esposa principal.²⁴

A saber, los argumentos eran falsos pues según Margarita Menegus, las tierras que Cortés otorgó a Isabel pertenecían a Antonio Cortés Toquihuaztli quien gobernaba Tacuba a la llegada de los conquistadores.²⁵ Pero tal parece que existía cierto respeto por la tradición pues en 1545, la Real Audiencia de México otorgó merced de tierras de 20 caballerías ubicadas en Tlilhuaca y Ahuehuetitla (San Juan Tlilhuaca y San Santiago Ahuizotla) a los indios del común de Azcapotzalco, por tratarse de terrenos que habían pertenecido al antiguo rey tecpaneca Tezozomoc, sólo que en el año 1428, tras la muerte de Tezozomoc, Maxtlazin usurpó el trono del señorío Tecpaneca, por lo que fue derrotado y asesinado por los integrantes de la Triple Alianza: Izcoatl señor de Tenochtitlan y sus aliados los señores de Tlaco-

²⁴ Anastasya Kalyuta, op. cit.

²⁵ Margarita Menegus Bornemann, Rodolfo Aguirre Salvador. Los indios, el sacerdocio y la Universidad en Nueva España, siglos XVI-XVIII, México, UNAM, 2006.

pan, y Tezcoco.²⁶ Posteriormente, los vencedores se repartieron los dominios: las ciudades fueron sometidas y Azcapotzalco quedó dividido en dos parcialidades: Azcapotzalco Tepanecapan, donde en adelante vivieron los antiguos nativos del lugar, y Azcapotzalco Mexicapan donde se asentaron los conquistadores mexicanos.²⁷ Es decir, las tierras en verdad pertenecían a Azcapotzalco.

3. La tradición y las leyes españolas unidas como recursos de los gobernados

En un pleito entablado por Azcapotzalco contra Tacuba en el año 1561, los gobernadores de ambas parcialidades escribieron a Felipe II alegando la propiedad de las mismas tierras, y exhibiendo como pruebas pinturas y testimonios de ancianos. La carta enviada y firmada por los principales del pueblo de Azcapotzalco,²⁸ alcaldes y regidores,²⁹ denunciaba el despojo que sobre sus

tierras, las tierras de "su pueblo" heredadas de sus antepasados, habían hecho españoles y vecinos, hombres de su propia nación: los de Tlacubán (Tacuba).

Se encontraba conformada por ocho puntos en los que se manifestaba que ni su siempre ausente encomendero don Francisco de Montejo, ni los oidores, habían dado solución al problema a pesar de que se habían entablado quejas 18 años atrás. Solicitaban que por derecho hereditario esos linderos se respetaran, presentando como prueba de la posesión ciertas "pinturas" en las que señalaban los linderos anteriores, así como los actuales. También indicaban las sementeras³⁰ que aún dentro de esos límites estrechos les habían sido arrebatadas por españoles. Asimismo, denunciaban que eran víctimas de maltrato al intentar defender sus linderos y cuando echaban fuera de sus tierras el ganado de los usurpadores. Incluían en la carta la petición de una cédula firmada por el rey como garantía de la defensa y conservación de los linderos que limitaban los campos del pueblo. Los argumentos que emplearon para reclamar sus tierras fueron el derecho por heredad, estar "inscritos en el catálogo de los cristianos por la fe católica, y por la recepción de santo bautismo y demás sacramentos", lo cual

Miguel. [Sevilla, Archivo General de Indias: Audiencia de México, 1842.]

³⁰ Los terrenos sembrados recibían el nombre de "sementera".

pensaban, bastaba para ser atendidos y favorecidos por el rey. En esa ocasión el rey falló a favor de los demandantes. Cabe señalar que la carta estaba escrita en latín, lo que demuestra que los habitantes de los diferentes estratos sociales de Azcapotzalco eran capaces de organizarse para expresarse pictográficamente a la usanza indígena, y a través de la escritura. La otra carta fue escrita por que el cacique de Tacuba quien afirmaba que las tierras de Santiago Ahizotla y los Reyes Izquitzlan pertenecían a su patrimonio.³¹

La iniciativa de escribir directamente al rey surgía de la ineficiencia o ineficacia de las leyes u organismos inferiores como los visitadores pues, debido a la corrupción y/o abusos que imperaban, el resultado de los pleitos solía ser que ambas partes en conflicto perdieran las tierras mientras que el oidor, los jueces o los traductores se quedaban con ellas. Un caso ejemplar fue el pleito que Azcapotzalco entabló contra Tlaltelolco ante el visitador Tello de Sandoval entre 1544 y 1546, ya que ambas parcialidades reclamaban la propiedad de ciertas tierras. En ese pleito el beneficia-

do fue el oidor Tejada³² a pesar de que los indios cumplieron con el procedimiento y acudieron al nahuatlato, un indio mexicano que hablaba tanto nahua como español, y servía de intérprete entre indígenas y españoles. En esa ocasión quien fungió como tal fue Antonio Ortiz quien como estrategia, vistió a los indios demandantes con "hábito español" y los condujo así ante el oidor sin que el visitador se enterara.³³

Posteriormente las condiciones cambiaron y ni los testimonios indígenas ni sus pinturas fueron competitivos ante los títulos de propiedad emitidos por algún escribano real o contra el testimonio de los corregidores. Paradójicamente, muchos funcionarios y testigos resultaron beneficiados y obtuvieron tierras gracias a la falsedad de sus testimonios.³⁴ Por ejemplo, Tapia aparecía frecuentemente como intérprete real de Tejada y a cambio recibió tierras de Tlaltelolco junto a las del oidor. Otras veces sucedió que olvidando los pactos con sus falsos testigos, los oidores los encarcelaban por supuestos (y no tan supuestos) abusos en perjuicio de los indios. Ese fue el caso de Antonio Ortiz, falso testigo frecuente de Tejada quien a su vez era protegido por el virrey Mendoza.³⁵

Así que los indígenas, nobles o no, defendían su posesión bajo el cobijo de la tradición pero si-

³¹ El documento citado en Pérez Rocha Emma, Tena Rafael, La nobleza indígena del centro de México después de la Conquista, México, INAH, 2002. El original se encuentra en la Biblioteca Nacional de Francia, Fondo mexicano 115. (planos de propiedad de Tacopan) Ha sido publicado parcialmente por Nicholson, 1966: 110. Publicación en náhuatl: Zimmermann, 1970: 12-14; Pérez-Rocha y Tena, 2000: 373-378. Breves descripciones: Boban, 1891: II: 301-302; Galarza, 1974: 48.

³² Ethelia Ruiz Medrana, op. cit. p. 252.

³³ Ibídem, p. 306.

³⁴ Ibídem, p. 224.

³⁵ Ibídem, p. 228.

²⁶ Gilberto Pérez Rico. Azcapotzalco en la Cultura, A. C. Archivo Histórico de Azcapotzalco México, 2003. p. 14.

²⁷ Gibson, Charles. Los aztecas bajo el dominio español. Editorial Siglo XXI. México, 1967. p. 42.

²⁸ "Carta de don Hernando de Malina, de don Baltasar Hernández y de los alcaldes y regidores de Azcapotzalco al rey Felipe II", Proyecto Guadalupe, Acervo de la Basílica de Guadalupe. Ver anexo.

²⁹ Don Hernando de Malina, gobernador Pedro Zacharias, alcalde, Antonio Valeriana, don Baltasar Hernández, gobernador Pedro Dionisia, alcalde, Francisco Plácido, Diego de San Felipe, regidor; Francisco Chalcocalqui, regidor; Francisco de los Ángeles; Pedro García, regidor; Martín Cano, regidor; Don Martín de San Mateo, Martín de Santo Domingo, Martín de San

guiendo los protocolos españoles. Ese fue el caso del cacique de Tacuba Antonio Totoquihuaztli quien en 1574 incluyó en su testamento el listado de las tierras que le pertenecían, así como los glifos que a cada una correspondía. El listado insistía en que le pertenecían las tierras de Santiago Ahuizotla, San Martín Xochinahuac y los Reyes Izquitzlan, que pertenecían y pertenecen actualmente a Azcapotzalco. Ethelia Ruiz, confirma que los conflictos sobre las fronteras territoriales se remontan al periodo prehispánico,³⁶ al periodo en que los mexicas conquistaron Azcapotzalco, sólo que, como vimos antes, aún no existían muchos extranjeros que las arrebataran, los conflictos se daban específicamente entre señoríos.

En los dos siglos siguientes la historia del despojo de las tierras de Azcapotzalco continuó y al parecer paulatinamente los indios de Azcapotzalco se resignaron a la pérdida pues aunque se quejaban, visitantes como Sandoval continuaron la cadena del despojo instruida por Cortés y continuada por personajes como Tejada.³⁷ Es que va liéndose de que las leyes de 1530 establecían que los indios podían vender libremente sus tierras, frecuentemente eran saqueadas por los españoles quienes se valían de los instrumentos legales para apropiarse de ellas. Por el año 1554, el español Pedro de Meneses ofreció a los indios de Tlaltemolco pagarles una cantidad mayor a la ofrecida

por Tejada. Los indios no aceptaron y, en la opinión de Meneses, fue debido a que eran apegados a sus casas y tierras que se negaban a venderlas, aunque muchas veces fueron obligados.³⁸

Otras fracciones fueron otorgadas a españoles, por ejemplo en 1544 la Audiencia de México concedió sin pago alguno, una merced al español Thomas de Rujoles en terrenos alejados a los del oidor Tejera y el español Vasco de Cámara. En 1581, 1.23 km² de tierras entre los límites de Azcapotzalco y Tacuba a Isabel González, descendiente de conquistadores. En 1588 concedió 1.64 km² de tierra cerca de los pueblos de Santa Cruz Acayucan y San Santiago Ahuizotla. En 1607 Luis de Velasco, encomendero de Azcapotzalco, recibió su segundo nombramiento como virrey de la Nueva España. A su muerte, en 1613 la encomienda pasó a manos del rey pero de 1620 a 1650 sus descendientes, los marqueses de Salinas, la conservaron. Más tarde se les reasignó y la conservaron hasta el año 1702. Finalmente en 1795 se terminó por reducir la propiedad comunal indígena de los 27 barrios que conformaban Azcapotzalco, a favor de la propiedad española de ranchos y haciendas. También la población indígena se había reducido pues de 17,000 indígenas censados en 1528, sólo existían 3,000 en 1549. En 1709 la población total era de 3,000 habitantes incluidos

españoles, mestizos, castizos e indígenas. Ya para 1786 existían sólo 217 indios tributarios quienes por cierto, pagaban la encomienda de Teresa de Oca y Moctezuma.

4. Las cofradías como instrumentos de defensa de las tierras

La iglesia por su parte aplicó sus propios mecanismos de despojo, uno de ellos fue la creación de las cofradías³⁹ pues a través de ellas, los clérigos aseguraban un ingreso, mientras que para los indígenas fue un medio de cohesión por la continuidad de sus tradiciones y costumbres,⁴⁰ entre las que se contaba el derecho a la tierra. Según Charles Gibson, las cofradías de indios aparecieron a fines del periodo colonial como el único medio que ofreció a los indígenas una forma de organización comunal y garantizó la protección de sus tierras, incluso mejor que sus predecesoras cajas de comunidad.⁴¹ Las cofradías que anteceden a las de indios fueron traídas y fundadas por clérigos unas, y por seculares como veremos más adelante. Sólo la cofradía como institución formaba parte de su vida. Este autor sostiene

que, simbólicamente, las tierras que poseían las cofradías eran tierras de santos, a ellos pertenecían y eran administradas por mayordomos. De esa manera las "protegía la iglesia", con la ventaja de que el cofrade que tomara el cargo de mayor domo hacía uso de ellas para beneficio propio,⁴² al tiempo que se encargaba de pagar su parte a la iglesia mientras tuviera a su cuidado la imagen de la cofradía.⁴³

Con los recursos de las cofradías las fiestas que se celebraban reconciliaban los dos mundos pues eran una práctica occidental aceptada. Gibson afirma que las fiestas religiosas representaban una práctica de resistencia a lo occidental y que la imagen venerada en cada comunidad revelaba una identidad particular que emergía del interior del pueblo. En el aspecto económico, la caja de comunidad equivalía a tributo mientras que la cofradía a finanzas. Entre 1790 y 1794 el censo ordenado por el virrey Revillagigedo para saber sobre el estado de las cofradías en la Nueva España reveló que tan sólo en el arzobispado de México existían 951, muchas de ellas fundadas desde el siglo XVI.

Alicia Bazarte sostiene que fueron traídas a la Nueva España y fundadas en la ciudad de México por los primeros conquistadores.⁴⁴ Una de las primeras fue la llamada de Los Caballeros de la

³⁹ Para una comprensión de su funcionamiento véase Gisela von Wobeser *Dominación colonial, y la consolidación de los vales reales en Nueva España, 1804-1812*, México, UNAM, 2003. Y Alicia Bazarte Martínez. *Las cofradías de españoles en la ciudad de México (1526-1869)*, Universidad Autónoma Metropolitana México, 1989.

⁴⁰ Alicia Bazarte Martínez, op. cit. p. 45.

⁴¹ Charles Gibson, op. cit. p. 130-134.

⁴² *Ibidem*, p. 136.

⁴³ Ethelia Ruiz Medrana, op. cit. p. 132.

⁴⁴ Alicia Bazarte Martínez, op. cit. p. 29.

³⁶ Ethelia Ruiz Medrana, op. cit. p. 258.

³⁷ *Ibidem*, p. 228.

³⁸ *Ibidem*, p. 247.

Cruz fundada por el propio Cortés en 1529 y con sede en la iglesia de la Santa Veracruz.⁴⁵ Otra fue la fundada por el cabildo de la ciudad de México en 1574 en honor a la virgen de Los Remedios, con la intención de preservar la memoria de los conquistadores y la identidad española. Para los frailes representó, según Bazarte, instrumentos para implementar el catolicismo y consolidar la sociedad.⁴⁶

Para Gisela von Wobeser las cofradías se conformaban según la capacidad económica de los cófrades,⁴⁷ mientras que para Bazarte se trataba de instituciones benéfico-religiosas conformadas y una forma de convivencia en la fe. Esta autora sostiene que existieron de españoles, gremiales, de negros y mulatos, de indios y mixtas, aquellas formadas por indígenas y españoles que convivían en una territorialidad. Asimismo, que los santos de -advocación que las representaban o al que representaban determinaban el tipo de cofradía, por ejemplo: las de indios generalmente veneraban a la virgen de Guadalupe y al Jesús Nazareno, las de negros a la Santa Cruz, y las mixtas al Santísimo Sacramento y a las Ánimas Benditas del Purgatorio. Lo que sugiere otros motivos para formarlas como guardarrasgos de identidad o por discriminación racial.

En Azcapotzalco existían varias cofradías

mixtas en honor a las Ánimas Benditas,⁴⁸ una posibilidad de que hayan sido de ese tipo pudo ser la escasa población de indios que convivía con los españoles desde la temprana conquista. Esas cofradías fueron enajenadas entre 1807 y 1808⁴⁹ al igual que la de Santa María Malinalco, uno de los pueblos o barrios de Azcapotzalco.⁵⁰ Las capellánías y las cajas de comunidad de indios lo fueron en 1802, la parroquia de San Pedro (otro pueblo o barrio de Azcapotzalco) en 1806 junto con la de Felipe y Santiago,⁵¹ y el convento (al que le fueron enajenados 2,000 pesos) en 1807.⁵² Según Bazarte, al extinguirse las cofradías, ya fuera por tener pocos bienes o pocos cófrades, se convertían en mayordomías, y los bienes, incluyendo las tierras, pasaban al mayordomo siempre y cuando cubriera la fiesta del santo patrono. La autora ofrece una lista de aquellas que terminaron así en la ciudad de México y sus alrededores,⁵³ y menciona que las más ricas terminaron convertidas en montepíos a partir del año 1770.⁵⁴

Oficialmente las cofradías desaparecieron en 1812,⁵⁵ sin embargo en 1856 cuando entró en

⁴⁸ Alicia Bazarte Martínez. op. cit. p. 46.

⁴⁹ Gisela von Wobeser, op. cit. p. 364

⁵⁰ Alicia Bazarte Martínez. op. cit. p. 378.

⁵¹ Ibídem, p. 271.

⁵² Ibídem, p. 135.

⁵³ Ibídem, p. 47.

⁵⁴ Ibídem, p. 40.

⁵⁵ Loe.

⁴⁵ Ibídem, p. 35

⁴⁶ Ibídem, p. 30

⁴⁷ Gisela von Wobeser. op. cit. p. 151.

vigor la Ley Lerdo, en Azcapotzalco se denunciaron la huerta del convento y las propiedades de la cofradía de la parroquia de Azcapotzalco que eran básicamente el rancho San Martín Xochinahuac y varios terrenos ubicados en el centro de la villa. Se denunciaron también los terrenos agrícolas que se encontraban cerca de San Miguel Amantla porque pertenecían al colegio dominico de Porta Coeli, y las tierras pertenecientes a las cofradías de distintos pueblos como la de la virgen del Rosario que habían sido obtenidas por donaciones como las del gobernador Lino León. Es posible que éstas hayan sobrevivido a la reducción hecha por el virrey Revillagigedo (de 951 a 429) entre 1790 y 1794, por cumplir con las normas impuestas.⁵⁶ Y dado que en esa reducción a las cofradías de indios no se les permitió continuar como tales, sino convertirse en mayor domías, posiblemente los indígenas de Azcapotzalco una vez más se adaptaron a las leyes españolas para conservar sus tierras y encontraron en las mayordomías un modo de hacerlo. Cabe mencionar que generalmente en cada parroquia o iglesia existía al menos una cofradía, y que en esta región existen aún en la actualidad al menos 27 recintos religiosos levantados entre los siglos XVI y XVIII.

La historia de la defensa de la tierra azcapotzalquense continuó en un tono distinto duran-

Ibídem, p. 46.

te los siglos XIX y XX. Por ejemplo, en 1929 el gobierno en turno devolvió a los pobladores del pueblo San Juan Tlihuaca los terrenos de las haciendas del Cristo, Echegaray y El Rosario que antes habían formado parte de ese pueblo y por lo tanto de Azcapotzalco. A cambio le fueron expropiadas varias hectáreas de tierra ejidal para la formación de la zona industrial Vallejo y la Refinería 18 de Marzo.

Conclusiones

En términos generales, cultura política es tanto una categoría de análisis, un concepto, y un hacer, desde el poder o en respuesta a él. Refleja una parte de la forma de ser del hombre, y dado que el hombre se encuentra en constante evolución, como concepto es inasible pero a la vez maleable, se estira, contrae, e incluso tuerce, dependiendo del aspecto que de él se quiera analizar, del alcance y profundidad del análisis, de las características culturales (generalizando cultura como el hacer, pensar y decir del hombre) del grupo social o estrato del grupo que se analice, de las variables que el investigador aplique (sexo, edad, nivel socioeconómico, etc.) o de los datos que se busquen, etc. Su construcción es constante, variable, adquiere matices diferentes según la disciplina que lo aborde y la dirección que le de. Así adquiere el mote de categoría de análisis. Como hacer, refleja estructuras sociales, pensamientos, actitudes, deseos, moral, preferencias, sentimientos, decisiones

derivadas o influidas por acontecimientos y experiencias previas, etc. Refleja una parte de la cultura y la historia del ser humano. Su comprensión y explicación varían según las expectativas de quien pretenda analizarlo, de los datos que se busquen, de las variables que se apliquen para su análisis y de la disciplina desde la cual se examine.

No parece pertinente definirlo sólo como la estructura del poder, como ejercicio del poder, o la respuesta a ese ejercicio. Para que una estructura se conforme, dicho ejercicio tenga lugar y exista una respuesta (aunque sea **no participando**), debieron antes ocurrir en una sociedad (independientemente de su tamaño, cultura, grado de desarrollo económico, etc.) acontecimientos, prácticas, experiencias, etc., relacionadas directa o indirectamente con la política, es decir, previamente debieron existir experiencias compartidas o socializadas. Una definición confinada limita el análisis a datos específicos. Pero cuando además se pretende explicar esos datos (o de cualquier otro tipo), es necesario acudir a la semiótica, la lingüística, la semántica, la antropología, etc., agregar esquemas y variables que permitan traducirlos y explicarlos, para comprender el **hacer** como cultura política y la cultura política como **hacer**. En síntesis, la cultura política se hace y actualiza día a día gracias a quienes hacen política, a quienes responden a ese **hacer** (haciendo también), y a quienes la estudian, analizan y explican.

Empero, existen también investigadores que se ocupan del estudio y análisis de esos tres actores de la cultura política, es decir, de los procesos históricos que generan esa cultura. En conclusión, no es posible definir cultura política como un concepto predictivo debido a que el **hacer** del hombre lo rehace y redefine constantemente, sino como un concepto explicativo al mismo tiempo motivador y constructor de sí mismo y de la cultura.

De ahí que a partir de dicho concepto sea posible analizar la cultura política de comunidades que existieron aún antes que el concepto mismo. Tenemos entonces que cultura política es también una parte de la historia del hombre, pero una parte de ella no se desarrolla de modo lineal ni constante en todos los ámbitos ni en todas las sociedades. No es global ni homogénea aún dentro de una misma sociedad y época, sino que presenta continuidades y discontinuidades dentro de sus propios parámetros y dentro de los procesos históricos sociales. Un ejemplo de ello es precisamente la constante batalla y las luchas legales y extralegales que mantuvieron los pobladores de Azcapotzalco con el gobierno virreinal, que se prolongó más allá de los gobiernos liberales, no sólo en defensa del territorio mismo, sino también como modo de resistencia cultural, de defensa de su patrimonio cultural, sus tierras, costumbres y tradiciones. Perfilando en ella sus propias identidades, ligadas estrechamente al territorio y a la memoria.

Anexo

Carta de don Hernando de Molina, de don Baltasar Hernández y de los alcaldes y Regidores de Azcapotzalco al rey Felipe 11 (en latín, Azcapotzalco, 10 febrero 1561)

t. Al invictísimo Rey de las Españas y felicísimo heredero del emperador Carlos V, don Felipe, los habitantes de Azcaputzalco, sus más humildes siervos, le desean suma felicidad. A cualquiera podría parecerle presuntuoso y hasta empresa vana, oh Rey felicísimo, el que nosotros, los más bajos de todos, enviemos una carta a VM., supremo rey entre los hombres, al cual no suelen escribir con ánimo seguro los mismos que se hallan adornados o con la dignidad real o con variada erudición. Y siendo nosotros esclavos muy humildes, que ni de lejos hemos tenido acceso a las letras divinas y humanas, ¿acaso no será del todo temerario el que nos atrevamos a escribir, no a un príncipe cualquiera, sino a VM., que es un tal y tan gran rey? Y así, aunque nos ofrecemos espontáneamente como vuestros vasallos, no por eso nos juzgamos suficientemente dignos.

Pues, ¡quiénes o qué somos? No somos sino unos pobres, miserables y bárbaros, tales en suma.

2. como nuestros antepasados, los cuales en el tiempo de su idolatría fueron gente rústica y abyecta y estuvieron desnudos de las dotes de cuerpo y alma, entre las que sobresalen

las virtudes y las letras, las que ciertamente ni en sueños conocieron. Y siendo esto verdad, ¡qué podremos hacer? ¡Nunca, entonces, han de atreverse los indios a hablar con su príncipe, rey o emperador? Al contrario, hay que atreverse, para que no se piense que somos pusilánimes, y aun si en el alma se hallase aposentada alguna suerte de timidez, habría que ahuyentara, pues la Fortuna ayuda a los audaces y rechaza a los tímidos. Alienta no poco este nuestro atrevimiento lo que se lee en las historias, a saber, que no sólo los príncipes cristianos sino también los paganos se mostraron condescendientes, benignos y clementes para con sus súbditos, pues escuchaban de buen grado sus quejas y peticiones. Sirva de ejemplo, y éste solo valdrá por muchos, el emperador Adriano, al cual hallándose de camino le rogó una mujer que la escuchase; habiéndole respondido que no tenía tiempo, recibió de la mujer esta respuesta: "Entonces no seas emperador"; y volviéndose él, la escuchó con ánimo benevolente. Pensamos que sería injusto creer que VM. es diferente, pues nos consta que sois benigno, humano y piadoso, ya sea para con los demás hombres, de cualquier estado y condición, ya sea para con nosotros los indios, a quienes habéis mostrado vuestra piedad no tanto con palabras como con obras. Así pues, confiados en vuestra piedad, y con más modestia que audacia, en la forma más breve

que nos sea posible queremos exponer las razones que nos impulsaron a escribir a vuestra cesárea Majestad; y todo lo iremos diciendo por orden, para que con claridad y distinción pueda saberse qué es lo que pretendemos obtener de vuestra clemencia.

Primero. Si hay algo que lastima hondamente nuestro ánimo es el contemplar que nuestro pueblo, cuyos linderos de tierras en tiempos antiguos se extendían ampliamente a lo largo y a lo ancho, ahora ha quedado encerrado entre límites reducidos y estrechos; aunque esto no debiera asombrar a nadie, ya que no sólo los españoles, sino también los hombres de nuestra nación que se hallan vecinos a nosotros se han apoderado injustamente de la mayor parte de los campos que nuestros abuelos y antepasados nos dejaron como herencia. Y si bien lo hemos reclamado con insistencia, nunca hasta ahora hemos tenido éxito, en parte por hallarnos desposeídos de dinero, en parte por estar siempre ausente nuestro encomendero, que era don Francisco de Montejo, adelantado de la provincia de Yucatán.

Pero, la qué viene todo esto? Pues para que se entienda que los de Tlacubán poseen ahora injustamente muchos de nuestros campos; y aunque acerca de tales campos se entabló pleito entre ellos y nosotros ante los oidores hará unos 18 o más años, no se llegó a una decisión; lo cual de ninguna manera debe atribuirse a descuido, sino a varios géneros de enfermedades que por aquellos años se cebaron en los

4. indios, y también a la mencionada ausencia del encomendero. Así pues, que por derecho hereditario esos campos nos pertenezcan, clara mente lo indica el expediente de la causa que entonces se promovió. De todo esto es muy calificado testigo el licenciado Ceynos, el cual recientemente acaba de volver de España a esta región. Asimismo, el licenciado Maldonado, que al presente es nuestro encomendero y que fue presidente de la isla de Santo Domingo, podrá atestiguar ante vuestra cesárea Majestad, no sólo por lo que acerca de este negocio ha podido averiguar de personas fidedignas, sino también por ciertas descripciones de tierras. Por lo tanto, una vez que os hayáis impuesto perfectamente de esta causa, dignaos mandar, por el amor pur que profesáis a Dios óptimo y máximo, que se nos restituyan tales campos. Y con esto baste acerca de lo primero. Segundo. En ciertas pinturas que os estamos enviando puede apreciarse cómo muchos españoles -si con justicia o con injusticia, ellos lo verán- se han apoderado de muchas sementeras dentro de los mismos límites tan estrechos que ahora tenemos, y esto además con no poco daño e incomodidad de los nuestros, quienes con frecuencia son maltratados por ellos o por sus criados, especialmente cuando intentamos defender nuestros linderos o cuando en tiempo de siembras echamos de ellos al ganado que tienen. Así pues, para que en adelante ningún otro español se atreva

a apoderarse nuevamente de algún campo, so licitamos encarecidamente de

5. vuestra clemencia que se nos envíe una real cédula, firmada por vuestra cesárea Majestad, que garantice la defensa y conservación de los linderos que limitan los campos de nuestro pueblo. Tercero. Porque con los servicios públicos que prestamos en México, ya sea para la construcción de los templos, ya sea para el cultivo de los campos de los españoles, se nos hace gran vejación, de suerte que no pasa semana sin que muchos de nosotros, aun siendo tan pocos, sean requeridos para prestar dichos servicios: 30 para la construcción de la iglesia de Santo Domingo, 20 para las sementeras de los españoles, 10 para la capilla arzobispal de la santísima Virgen, y 5 finalmente para el templo de la Virgen María que se llama de Guadalupe; de ahí resulta que no hayamos podido llevar a término la iglesia que desde hace muchos años tenemos comen¹ 1da que al presente tampoco hayamos comenzado el monasterio de los frailes, los cuales viven entre nosotros en casas muy modestas. Por lo tanto, suplicamos humildemente de vuestra clemencia que por espacio de algunos años podamos quedar exentos de todos los servicios públicos, hasta que logremos construir la iglesia y el monasterio. Además, como existe la intención de congregar a nuestra gente dispersa y dotar de calles a nuestras casas, a fin de que reine entre nosotros la humana policía,

la cual se reputa como apreciable fundamento de la cristiandad, y que se vea desterrada la barbarie, suplicamos una y otra vez que no se nos niegue lo que pedimos.

6. Cuarto. Aunque al presente nuestro pueblo sea exiguo, en tiempos pasados no fue ciertamente la más pequeña entre las otras provincias, a las cuales sobrepujaba en antigüedad y nobleza; en antigüedad, pues los anales de los mayores nos dicen que fue fundado hace 1525 años; en nobleza también, porque los que son nobles y honrados en todos los pueblos reconocen unánimes que su origen se remonta a Azcapotzalco. Por tal razón, los linderos de tierras que tenía se extendían a tres días de camino en todas direcciones. Además, todo lo contenido en los montes que circundan a nuestro pueblo era para nuestro aprovechamiento, sin que nadie lo estorbare; y así, cualquiera podía, aun sin pagar por ello precio alguno, cortar vigas, tablas, leña seca y piedras. Posteriormente, no por descuido nuestro sino más bien por la tiranía ajena, los de Tlacubán y los de otros pueblos circunvecinos se apropiaron de los bosques de cedros y de las canteras, de modo que ahora ninguno de nosotros puede cortar cosa alguna, aunque estemos dispuestos a pagar su precio, y aunque para hacerlo tengamos licencia escrita de la Real Audiencia de México. Por lo tanto, humildemente imploramos de vuestra clemencia que así como hace 20 años estas cosas eran de propiedad común

para nosotros y para los demás, así lo sean en adelante, y que nadie nos prohíba cortar vigas o piedras; sobre esto, pues, invocamos la autoridad de vuestra cesárea Majestad. Quinto. Muchos argumentos podrían aducirse como prueba de

7. que nuestro pueblo fue antiguamente una gran provincia, pero entre ellos pensamos que debían señalarse dos principales. El primero es la clara constancia de que tuvo muchos pueblos sujetos y tributarios, cuyas cabeceras fueron las siguientes: Quauhnahuac, Tetelpa, Xilotepec, Matlatzinco, Cohuatepec, Cempohualla y Nanacapa, todas las cuales estaban obligadas a pagar un tributo anual; esto fue antes de que la provincia de México fuera conquistada por el Marqués Cortés. El segundo es que de Azcaputzalco como de fuente fecunda se originaron no pocos pueblos que antes no eran sino simples colonias dominadas por el señor de nuestro pueblo, que se llamaba Teçoçomocli; fue éste un señor muy rico y generoso pero sobre todo muy longevo, pues según la memoria de los mayores se dice que vivió 166 años, y apenas han pasado 133 años desde su muerte. Teçoçomocli puso a sus hijos, que los tuvo numerosos, como señores de las colonias por él fundadas; y así, al morir dejó en su lugar como señor y heredero a su hijo mayor llamado Ylhuicamina. Y, para decirlo en breve, cuando los mexicanos fueron vencidos por los de Azcaputzalco junto al cerro de Chapolte-

pee. adonde primero se acogieron tras larga y duradera peregrinación, y anduvieron luego errantes pues eran arrojados de un lado para otro sin saber qué lugar habrían de escoger para su morada, compadeciéndose de ellos el dicho Teçoçomocli mandó que se asentaran en el lugar donde

8. ahora se halla Tenuchtitla. Los mexicanos sirvieron a nuestro pueblo durante 80 años, pagándole como tributo lo que podían coger en el lago: peces, ranas, patos y otros animales acuáticos semejantes. Pero habiéndose suscitado entre ellos no sé qué disensión, los que se separaron del grupo común recibieron el nombre de tlailolcas, por cierto mentón de tierra que sobresalía en medio del lago y al cual se trasladaron cuando quedó rota la amistad. A éstos, que se habían separado de los mexicanos, el señor Teçoçomocli les dio como jefe y gobernante a un hijo suyo llamado Quaquapitzahuac. La segunda colonia se llamó Tlacuba, a cuyos pobladores el mismo señor Teçoçomocli les dio como señores a dos hijos suyos, el uno llamado Aculnahuacatl, y el otro llamado Izaqualcatl; muertos los cuales, los demás colonos se comportaron como traidores hacia nuestro pueblo, pues con fraudes y dolo se apropiaron de lo que pertenecía a los de Azcaputzalco. Así vino a suceder que ahora Tlacuba parezca provincia, siendo que al principio era sólo una colonia fundada por Teçoçomocli. La tercera colonia se llamó Co-

yohuaca, de donde fue señor Maxtlato.

La cuarta colonia es Atlacuihuaya. de donde fue señor Epcohuatl. La quinta colonia, Huitzilo pochco, de donde fue señor Yztachecatli. La sexta colonia, Cohuatlayauhca, que ahora está sujeta a México, tuvo por señor a Tecocohua. La séptima es Tultitla, cuyo señor fue Tepanonoc. La octava es Tepechpa, cuyo señor fue Quahquauhtzi. La novena es Aculma, de

9. donde fue hecho señor Teyolcocohua. La décima es Tulquauhycoca, cuyo señor fue Teuhtlehuac. La undécima es Cuitlachtepec, donde fue señora una hija llamada Xocotzi. La duodécima es Chiappa, donde fue señora otra hija llamada Tomiyauh. La decimotercera es Ayo tochco, cuyo señor fue Yohuallatohua. La decimocuarta es Oztoticpac, cuyo señor fue Tlacacuitlahua. La decimoquinta es Quecholac, donde fue señora otra hija llamada Azcalxoch. La decimosexta es Totomihuaca, cuya señora fue una hija llamada Tlacochcue. Todo lo cual parecerá más claro por una pintura, donde estas colonias están pintadas juntamente con los nombres de los hijos de Teçoçomocli que gobernaron en cada una de ellas. Y la razón de traer esto a colación es para que nuestro pueblo, el cual según mostramos fue antigua provincia, reciba de vuestra clemencia el nombramiento de ciudad. Sexto. Desde hace ya muchos años tenemos en nuestro pueblo un escudo de armas, y para que nadie lo considere sin valor, deseamos vivamente que

sea confirmado por vuestra cesárea autoridad, pues declara muy apropiadamente el estado de nuestra república. Ante todo aparece en él una hormiga, y no sin motivo, porque el nombre de nuestro pueblo se deriva de "hormiga"; luego, una muralla que parece tener almenas torreadas representa los muros de un mercado, y son éstos tan fuertes que por su gran fortaleza nuestros mayores los compararon con el suelo firme. Viene después un pidum fuit origo totius nobilitatis corazón, porque así como éste es

10. fuente y origen de la vida, así nuestro pueblo fue origen de toda la nobleza que se hallaba repartida por los pueblos de esta Nueva España. Al corazón se une un ornamento que es a manera de tiara episcopal, pues con tal insignia se distinguía en los tiempos antiguos a los señores de los indios. Por encima de todo hay una cruz, que simboliza la cruz del Señor, predicada a los asiáticos por el apóstol de Dios San Felipe, a cuyo honor está dedicada la iglesia de este pueblo. Séptimo. No se nos oculta el sentido del oráculo divino: "La sabiduría afirma el corazón, y le da peso para resistir a los vientos". Para todos es patente que con el conocimiento de las letras los corazones de los cristianos se afianzan grandemente en la fe, y los que antiguamente eran agitados por los vientos de la gentilidad adquieren peso en su cristiandad. Así pues, habiendo sido plantado recientemente entre nosotros el árbol vivo de

la verdadera vida, es decir, la santa fe católica, a fin de que eche más profundas raíces juzgamos muy provechoso para nuestro pueblo que también nosotros seamos dotados con una casa de las musas, y para poder fundarla en este nuestro pueblo solicitamos la Licencia de vuestra cesárea Majestad, donde, aunque no hayan de enseñarse todas las ciencias, por lo menos lo sean la gramática y la lengua española, las cuales pueden sin dificultad ser enseñadas por algunos de los nuestros que conocen la lengua latina tan bien como los españoles. Octavo. Nadie discute que antes de la venida de los españoles haya

11. habido siempre en nuestro pueblo, y antes que en cualquier otro lugar, mercado, llamado tianquizco, al cual todos acudían, puesto que no sólo en determinados días sino diariamente se vendían en él variadas mercancías, así como innumerables esclavos y cautivos que sólo en este sitio se ponían a la venta. Posteriormente ha sucedido que cualquier pueblo, por pequeño que sea, puede ahora tener mercado por propia autoridad, en tanto que entre nosotros ya no hay mercado si no es un día a la semana, es decir, el sábado, lo cual redundaría en perjuicio de todos. Así pues, rogamos y suplicamos a vuestra cesárea Majestad que el mercado que se celebraba diariamente en este lugar, se tenga por lo menos dos días a la semana, es decir, el martes y en el día ya establecido. Ya sabéis, cristianísimo Rey,

cuáles son las cosas que deseamos obtener de vuestra gran clemencia, y puesto que se trata de cosas justas, honestas y útiles, resulta recomendable que se nos otorguen. Y que no os disuadan nuestra bajeza y miseria, pues aunque seamos más pobres que el mendigo pero y de menos valor que las algas, somos también sin embargo vasallos fieles de vuestra sacra, católica y cesárea Majestad, y estamos ya inscritos en el catálogo de los cristianos por la fe católica y por la recepción del santo bautismo y de los demás sacramentos. Esta sola circunstancia debería ser causa suficiente para que no dejéis de atender nuestras peticiones, puesto que sois cristianísimo, muy poderoso y de natural tan generoso. Pero para que esta nuestra carta no rebase

12. la justa medida o, como dicen, se brinque la cerca, aquí le pondremos fin, no sin antes añadir que teníamos el deseo de enviar a España a dos de los nuestros para que expusieran de viva voz nuestros negocios, pero no habiendo consentido en ello vuestro virrey, por nuestra parte tampoco quisimos insistir, sabiendo que VM. no lo aprobaría. En vista de ello, optamos más bien por dirigiros esta carta, en la cual, además de presentaros nuestras humildes peticiones, imploramos de Dios óptimo y máximo para vuestra cesárea Majestad una larga vida, dilatados reinos en la tierra y la gloria perdurable en los cielos.

[45v] Don Hernando de Molina, gobernador

Rubricado]

Pedro Zacharias,
alcalde

[Rubricado]

Antonio Valeriano

[Rubricado]

Bibliografía

- Alicia Bazarte Martínez. Las cofradías de españoles en la ciudad de México (1526-1869), México, Universidad Autónoma Metropolitana-A, 1989.
- Amada López de Meneses. "Tecuichpochtzin, Hija de Motecuzuma (1510-1550)" en *Revista de Indias*, Madrid, núm. 9, 1948. 481 p.
- Anastasya Kalyuta. "La casa y hacienda de un señor mexicano: un estudio analítico de la 'Institución de doña Isabel de Moctezuma'", Sevilla (Madrid), *Anuario de Estudios Americanos*, 65(2): julio-diciembre, 2008. pp. 13-37; en: <http://estudiosamericanos.revistas.csic.es/index.php/estudiosamericanos/article/view/112/116>
- Carta de don Hernando de Malina, de don Baltasar Hernández y de los alcaldes y regidores de Azcapotzalco al rey Felipe II, Proyecto Guadalupe, Acervo de la Basílica de Guadalupe; en: http://www.proyectoguadalupe.com/documentos/nobles_azcapotzalco.html
- Consejo de cronistas de Azcapotzalco. Voces tepanecas: Tepanecatahtolli. Cápsulas históricas de Azcapotzalco.* Azcapotzalco, 2001.

- Charles Gibson. *Los Aztecas bajo el dominio español 1519-1810*, 14ª edición, México, Siglo XXI, 2000.
- Emma Pérez Rocha y Rafael Tena. *La nobleza indígena del centro de México después de la Conquista*, México, INAH, 2002.
- Esteban Krotz. "La investigación sobre la cultura política en México: visión panorámica de un campo de estudio en construcción", en Rosalía Winocur (coord.), *Algunos enfoques metodológicos para estudiar la cultura política en México*, México, IFE-FLACSO-Miguel Ángel Porrúa, 2002, pp. 7-53.
- Ethelia Ruiz Medrana. *Gobierno y sociedad en Nueva España. Segunda Audiencia y Antecedentes de Mendoza*, México, El Colegio de Michoacán, 1991.
- Epistolario de la Nueva España 1505-1818*, recopilación realizada por Francisco del Paso y Troncoso, (1939-1942), Silvia Zavala y colaboradores (eds.), México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1940, vol. 7
- Fernando Castaños. "Observar y entender la cultura política: algunos problemas fundamentales y una propuesta de solución", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LIX, núm. 2, México, UNAM-IIS, 1997, pp. 75-61.
- Florencia Mallón. *Campesinado y nación: la construcción de México y Perú poscoloniales*. México, CIESAS-El Colegio de San Luis-El Colegio de Michoacán, 2003.

- García Icazbalceta, Joaquín, "Carta del licenciado Francisco Ceynos, oidor de la audiencia de México, al emperador", 22 de junio de 1532, en Colección de documentos para la historia de México: versión actualizada, en: http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/06922_75210064_7273089079/p0000021.htm#61
- Gabriel Almond y Sydney Verba, *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, New Jersey, Princeton University Press, 1963
- Gabriel Almond y Sydney Verba, *The Civic Culture Revisited*, Boston, Little Brown, 1980
- Gilberto Pérez Rico. Azcapotzalco en la Cultura, A. C. México, Archivo Histórico de Azcapotzalco, 2003.
- Gisela von Wobeser. Dominación colonial y la consolidación de los vales reales en Nueva España, 1804-1812, México, UNAM, 2003.
- Margarita Menegus Bornemann, Rodolfo Aguirre Salvador. Los indios, el sacerdocio y la Universidad en Nueva España, siglos XVI-XVII/, México, UNAM, 2006.
- Peter Gerhard. Geografía Histórica de la Nueva España 1519-1821. México, UNAM, 1986.
- Peter Guardino. Campesinos y política nacional en la formación del Estado nacional en México: Guerrero, 1800 - 1857. México, Congreso del Estado de Guerrero - Instituto de Estudios Parlamentarios Eduardo Neri, 2001.
- Rafael Segovia. La politización del niño mexicano, México, El Colegio de México, 1978.
- Roberto Varela. Cultura y poder. Una visión antropológica para el análisis de la cultura política. Barcelona, Anthropos Editorial - UAM Iztapalapa, 2005.
- Roger D. Hansen. La política del desarrollo mexicano, 2ª ed., México, Siglo XXI, 1973.
- Víctor Manuel Durand Ponte. Ciudadanía y cultura política: México, 1993-2001, México, Siglo XXI, 2004, pp. 354